

## Capítulo 2

# La batalla naval de Cispatá en la independencia del Caribe colombiano, 1812

Los puertos y aquellas Provincias de la *Nueva Granada* que aun gimen baxo la opresion de sus antiguos mandones, deben ser el primer objeto de la defensa y de la tierra [...] asegurando los primeros contra toda invasion externa, y rendimiento á las segundas de las cadenas que hoy los oprimen, para que sacudido el yugo, y explicada libremente su voluntad, se constituyan en otros tantos gobiernos libres é independientes, como los que ya componen felizmente esta union.<sup>62</sup>

## Introducción

La desembocadura del río Sinú en la bahía de Cispatá fue el epicentro de una batalla naval en la cual las corrientes que se encontraban eran tan sinuosas y traicioneras como los proyectos políticos que, en cada población a las orillas de los principales ríos del Caribe colombiano, se entretejían en un momento de interregno político. La vida ribereña era fundamental en una sociedad en la que las comunicaciones dependían de las embarcaciones y de las posibilidades que dieran los afluentes de las corrientes; así mismo sucedía con los proyectos políticos y con la defensa o estrategia de ataque del territorio. Bloquear un puerto, asaltar y capturar embarcaciones influía sobre manera en los pueblos dependientes de estos circuitos de comunicación.

---

<sup>62</sup> Archivo Histórico Judicial de Medellín, *Archivos Personales de José Manuel Restrepo*, rollo 8, vol. 12, 19 de agosto de 1813, fol. 203r.

Por esta razón, el Congreso de las Provincias Unidas emitía proclamas y ordenanzas que ponían los puertos del territorio colombiano como los pilares del proyecto político que empezaba a surgir. En especial, cuando algunos de estos todavía estaban bajo el control de los realistas o mantenían una posición ambivalente que debilitaba el proyecto de unión y comunicación de un territorio extenso como el de Colombia durante la primera República. Ganar puertos, recorrer los ríos Magdalena, Sinú y Cauca se volvió entonces una política de defensa u ocupación del territorio fundamental para cada bando en guerra. Por lo tanto, aunque algunas batallas navales han sido interpretadas como simples escaramuzas, de corto tiempo y pocas bajas, estas fueron definiendo el avance o el retroceso de las independencias y de la reconquista.

Ya fuera que se tratara del comercio lícito e ilícito, de la eclosión de soberanías de la primera República o de la defensa del territorio nacional de Colombia, la defensa de los puertos de mar y ribereños era una forma de ocupación y mantenimiento de la comunicación del territorio. De alguna manera, en especial en las sabanas y costas norandinas, las tierras bajas del Pacífico, pero también las tierras andinas de Santa Fe, Antioquia, Tunja y otras regiones terminaban dependiendo de las rutas fluviales. De ahí que la historiografía colombiana se refiriera al río Magdalena como la *artería*<sup>63</sup> del territorio, al Caribe como un *territorio acuoso*<sup>64</sup> y a su gente como *anfibia*<sup>65</sup>, por cuanto llevaban una vida en la que el río les generaba una interdependencia.

A partir del análisis de la denominada *contrarrevolución de las sabanas* nos proponemos entender la importancia de las batallas independentistas en Colombia libradas en los puertos de mar y ribereños. Para esto, la batalla de Cispatá o puerto Zapote será un punto de partida y de llegada para entender los inicios de una fuerza fundamental como la naval. Al principio, sin una formación de escuela, se trata de campesinos defendiendo sus poblados ribereños y costeros, con vastos conocimientos marítimos y pocos militares, con falta de armamentos adecuados, apenas portando sus herramientas del trabajo agrícola —hachas, machetes, etc.—, a la cabeza de hombres que comenzaron a darle sentido a una fuerza de defensa u ofensiva que se iba distinguiendo de la infantería y la caballería. En unos pocos

<sup>63</sup> Antonio Ybot León, *La arteria histórica del Nuevo Reino de Granada (Cartagena-Santa Fe, 1538-1798): los trabajadores del río Magdalena y el Canal del Dique según documentos del Archivo General de Indias de Sevilla* (Bogotá: A. B. C., 1952).

<sup>64</sup> Ernesto Bassi, *Un territorio acuoso: geografías maríneas y el gran Caribe transimperial de la Nueva*, trad. María José Montoya (Barranquilla: Universidad del Norte, 2021).

<sup>65</sup> Orlando Fals Borda, *Historia doble de la Costa*, fotografías de Juan Luis Isaza Londoño., 2a. ed., Serie Maestros de la Sede (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Banco de la República / El Ancora Editores, 2002).

años, los regimientos fijos en los puertos y los conocimientos ganados en las empresas militares fueron planteando nuevos panoramas. La batalla de Cispatá se llevó a cabo entre el 22 y el 27 de octubre de 1812, y los testigos de la época la ubican como el punto final de la *contrarrevolución de las sabanas*<sup>66</sup>. Después de una serie de arremetidas por tierra y en los ríos, tanto realistas como republicanos enviaron embarcaciones para tomar control de la bahía que servía de entrada y salida a las sabanas. Con una "obstinada resistencia de los rebeldes", las tropas de Cartagena tomaron el puerto, las armas y las embarcaciones, de tal forma que quedaron con el control y la vigilancia del río Sinú<sup>67</sup>.

En el caso de las sabanas es necesario entender la maraña de las rutas lícitas e ilícitas de comunicación entre ríos y puertos. Luego, a partir de la eclosión de soberanías, que la ciudad de Cartagena pretendió que todos los cabildos y las poblaciones de la *tierra adentro* se sumaran de manera dependiente a la ciudad, así como la respuesta de algunas poblaciones de las sabanas y del curso del río Magdalena. Aquí se podrá observar cómo el territorio se fragmentó en una serie de puertos amigos y enemigos, que fueron llevando las guerras y las confrontaciones hacia el control de los ríos. A medida que avanzaban las tropas, tanto realistas como republicanas, la toma de un puerto como el de Cispatá garantizó la defensa y el control de una población susceptible ante los cambios políticos repentinos.

## Ríos y puertos hasta la mar

No fue necesario que estallaran los proyectos de independencia para que la Corona se diera cuenta de la necesidad de conocer y proteger sus puertos. Durante el siglo XVIII, las disputas imperiales entre ingleses, portugueses, holandeses y españoles hacían del Atlántico y del Pacífico espacios de disputa. Las rutas del contrabando eran las más apetecidas y conectaban al mar con vastos territorios por donde se movían mercancías, personas y, con ellos, ideas y proyectos sobre invasiones, conquistas e independencias<sup>68</sup>.

Mientras algunos puertos se convertían en los nodos del comercio de la Monarquía y luego de las repúblicas americanas, otros que habían caído en el

<sup>66</sup> Joaquín Escobar (presbítero), *Historia de la revolución de Sabanas, con un apéndice, en que se refutan varias calumnias que se han suscitado al jefe de la expedición que la pacificó y a otros sujetos empleados en ella: Año de 1812* (Cartagena de Indias: Imprenta del C. Diego Espinosa, 1813), 262r.-263r. *Real Academia de la Historia*, Signatura: Sig. 9/7649, leg. 6, c) 9, fols. 225-270.

<sup>67</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, 263r.

<sup>68</sup> Sebastián Gómez, "Las tensiones de una frontera ístmica: Alianzas, rebeliones y comercio ilícito en el Darién, siglo XVIII", *Historia y Sociedad*, n.º 15 (2008).

olvido y mantenían una posición secundaria encontraron la manera de seguir funcionando a partir del contrabando, como fue el caso de los puertos de San Marta, Sabanilla y Cispatá en el Caribe colombiano. A principios del siglo XIX los *descaminos* —expresión utilizada para referirse a las rutas de contrabando— no solo se consideraban un problema económico, sino que también podrían ser el epicentro de rebeliones y proyectos adversos a los gobiernos centrales, en especial cuando comenzaron a llegar noticias acerca de las revoluciones de independencia en Estados Unidos de América y en Haití.

En pleno 1806, mientras sucedían las rebeliones y los procesos de independencia en Haití, en el Nuevo Reino de Granada se aguzaba la zozobra porque se conocieran las noticias entre la población esclavizada. Por esta razón recomendaban las autoridades reales que se debía aprehender a todo comerciante y esclavo que viniera de las Antillas, en especial de Santo Domingo y Haití. En 1810, desde lugares como Cartagena o Santa Marta arribaban cartas y noticias en voz de los transeúntes que llegaban a oídos de los gobernadores y del cabildo, pero antes o después ya estaban en boca del vecindario. Así lo expresaba el gobernador de la provincia de Antioquia:

En un tiempo tan calamitoso como en el que nos hallamos de visicitudes, y originales novedades, nada puede influir en lo interior de la provincia mas desconfianza de sensibles resultos, que la voz introducida de que los esclavos se han presentado en Cartagena, y otros lugares, pidiendo libertad (sea o no verdad) sin este nuevo motibo, son costantes los movimientos que se han experimentado con los de esta provincia cuyo número exede de 18 000 de ambos sexos y hedades.

Esta desconfianza, y recelos, que no son infundados pues hasta los indios quieren hacer novedad según noticia que he tenido del Alce. y cura del pueblo de Sabaletas, antes de poner en practica las medidas de precaucion, y de defensa acordadas, he querido manifestarlos a todos los cavildos de esta prova. para que prevenidos en todo caso, ademas de las provids. que se han acordado, tomen las que les dicte su amor, zelo y patriotismo, según el que insidentemente se les presente.

Las baces principales de aquellas acordadas, son primeramte. que se forme una relacion exacta de todas las Armas de fuego con que se pueda contar en cada cavildo, como unico y necesario auxilio que prometen las fuerzas unidas con orden y disciplina [...].<sup>69</sup>

<sup>69</sup> "Comunicación del gobernador sobre esclavos y milicias", Archivo Histórico de Medellín, *Cabildo*, tomo 76, fol. 132r.

Pero lo que en ocasiones generaba temor, en otras propiciaba ventajas. En 1812, el gobernador de Santa Marta enviaba noticias hasta Santa Fe de Bogotá sobre la captura de cuatro buques provenientes de Jamaica que fueron interceptados en La Guajira. Allí se encontraron gacetas —que fueron traducidas y enviadas al virrey— que daban noticias acerca del avance de Napoleón en Europa, de las situaciones políticas de Jamaica, Estados Unidos y de Haití. Sin embargo, la noticia más llamativa era que el gobernador de La Guajira, aprovechando la parada del bergantín *Tamahamaht*, “este jefe armado en corso” tomó la embarcación y atacó tres goletas inglesas, sin dar ninguna noticia al respecto<sup>70</sup>. Tenemos entonces que el Caribe se convirtió en un espacio de disputas y de corso durante el interregno político. Pero también que las noticias no siempre iban por los caminos regulares, sino que se aprovechaban las rutas del contrabando y la reserva de las noticias hacia las autoridades locales y cercanas.

Tanto la Corona española como los nuevos proyectos independentistas de Cartagena o Quito tuvieron muy presente la importancia de controlar las rutas marítimas y de río. Mapas, documentos y aliados eran buscados a medida que avanzaban los enfrentamientos con el propósito de ganar terreno no solo por las tropas, sino también en la consolidación del control político. En Santa Marta llegaron ingenieros militares, como Vicente Talledo, que rápidamente se pusieron al servicio de las tropas realistas para organizar fuertes, trincheras, embarcaciones y *baterías* que permitieran el avance de las tropas y el triunfo en la causa<sup>71</sup>. Lo mismo pretendieron muchos científicos e ingenieros militares en las poblaciones americanas que se habían declarado como parte de la Unión de Provincias y en los Estados Soberanos, tales como Francisco José de Caldas.

Es necesario reiterar que los puertos eran fundamentales en esta estrategia y por ello Cartagena y Santa Marta, y luego Mompox y Cispatá, se convirtieron en epicentros de confrontaciones de toda índole. En Madrid, en pleno 1809, la Dirección de Trabajos Hidrográficos publicó un portulano, dividido en cuatro partes, que buscaba dar una idea general del territorio en disputa en estos enclaves entre el mar y la tierra. Con el título de *Portulano de la América setentrional*, funcionarios del rey e ingenieros militares buscaron llamar la atención por lo que podríamos llamar las *llaves de las Indias*, expresión utilizada para hacer referencia

<sup>70</sup> Archivo General de la Nación, *Sección de Archivo Anexo*, II.52.4.2.33, fol. 76r.

<sup>71</sup> La obra más completa al respecto es: Sergio Mejía, *Cartografía e ingeniería en la era de las revoluciones: Mapas y obras de Vicente Talledo y Rivera en España y el Nuevo Reino de Granada (1758-1820)* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2021).

a los puertos americanos por autores clásicos y modernos<sup>72</sup>. En la primera parte se identificaron 15 puertos en las islas de las Antillas, mientras que en la segunda se consideró un territorio más extenso entre las “costas de Tierra Firme, la Florida y el Golfo de México”, en las cuales se identificaron unos 40 puertos, sumando claro está algunas ensenadas, fondeaderos, lagunas, canales, bahías y bocas de ríos. Para el caso del actual territorio colombiano, se presentaron mapas de “Bahía Honda” en La Guajira, del “puerto y ciudad de Santa Marta”, “puerto de Cartagena de Indias”, “Puerto de Cispatá” y “bahía de Candelaria en el golfo del Darién”<sup>73</sup>.

En la *tierra adentro*, como solían referirse a las sabanas, piedemontes y cordilleras que se empezaban a dibujar a medida que las embarcaciones se acercaban a las costas, se vivía una situación parecida a las disputas de bandos en el Caribe. Las noticias, las tropas y el control de los puertos, barrancas, ríos y caminos era fundamental para llevar a cabo la revolución o para mantener el orden establecido. En el portulano de 1809 se destacan tres puertos que coinciden con los procesos de poblamiento del Caribe colombiano. Santa Marta, a pesar de ser la ciudad más antigua en fundación (1526), su puerto y la parte urbana no se consolidó con respecto a la ciudad de Cartagena de Indias. Esta última acaparó el comercio y las rutas más importantes para comunicar con la *tierra adentro*, mientras que Santa Marta comenzó a ser asolada por ataques de piratas y de los indios de la Sierra Nevada.

A pesar de que la ruta hacia el Nuevo Reino de Granada inició desde esta última ciudad, rápidamente las sabanas y ciénagas empezaron a comunicar una población numerosa que conectaba con otros gobiernos como el de Antioquia. Es decir, mientras que el camino a Santa Fe mantuvo una ruta de poblamiento que rodeaba la sierra hacia el Valle de Upar, Valencia de Jesús, Becerril del Campo hasta Tenerife y Tamalameque, cada una de estas poblaciones no dejaron de ser un lugar de paso. Por su parte, el aprovechamiento de las sabanas para la cría de ganado, el comercio a través de las ciénagas hasta las zonas mineras de Zaragoza y Cáceres, hizo que la población creciera rápidamente. Para finales del siglo XVIII, fue necesario que los gobernadores se preocuparan por mantener mayor control sobre la población que atraían las haciendas, los trapiches, las minas y el comercio a través de los ríos<sup>74</sup>. A principios del siglo XIX, se indicaba que en una distancia

<sup>72</sup> José Martín Félix de Arrate, *Llave del Nuevo Mundo*, vol. 611, Historia (Barcelona: Linkgua, 2023); Nicolás del Castillo Mathieu, *La llave de las Indias*. (Barcelona: Planeta, 1997).

<sup>73</sup> Dirección de Trabajos Hidrográficos, *Portulano de la América Setentrional: dividido en quatro partes* (Madrid: Dirección de Trabajos Hidrográficos, 1818). En línea: <https://bibliotecavirtual.defensa.gob.es/BVMDefensa/es/consulta/registro.do?id=1047213>

<sup>74</sup> Fals Borda, *Historia doble de la Costa*.

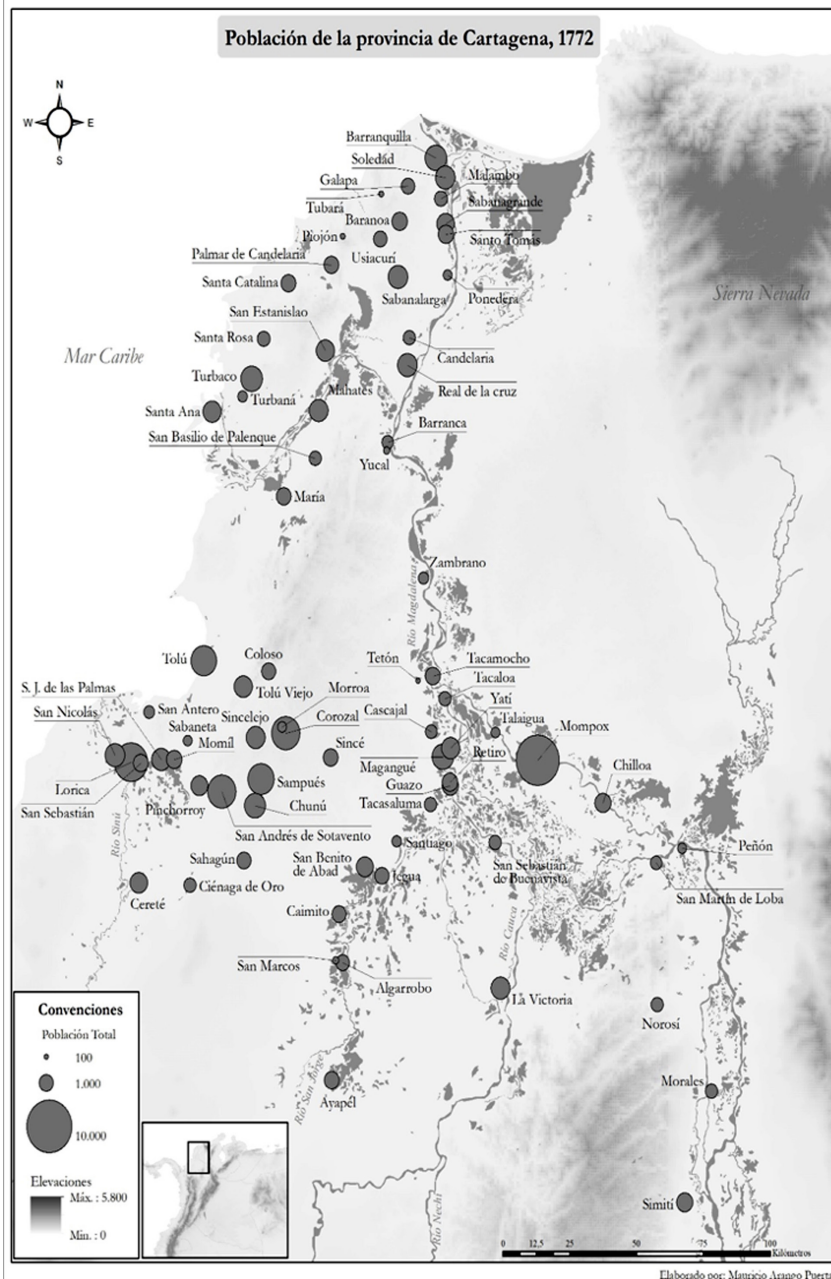
de "tres leguas", entre Sincelejo y Corozal, era más el aguardiente que salía "por las cancheras ocultas de Sincelejo que en la Administración pública del Corozal"<sup>75</sup>.

De esta manera, las autoridades de Cartagena y de la Corona se dieron cuenta de que había una población más numerosa en las sabanas de Tolú que en los pueblos cercanos a la ciudad y en el río Magdalena (mapa 1). Así que el puerto ubicado en la punta de Zapote, conocido como Cispatá, comenzó a recibir mayor atención. Aunque la bahía era menos profunda que la de Cartagena y Santa Marta, posibilitaba el ingreso de goletas y embarcaciones de pequeño calado. Las poblaciones de Santero y el Sitio de Lobos servían de bodegas para que los viajeros que iban y venían desde Cereté o Loricá encontraran un lugar de descanso y aprovisionamiento antes de embarcarse. El lugar más estratégico que permitía el control de quien salía e ingresaba en el puerto era la punta de Zapote, que de 4 a 5 millas marítimas —en las cuales se calculaba la mayor amplitud de la bahía—, se reducía a una en la punta de Zapote (imagen 3). Allí entonces las autoridades de Cartagena procuraron establecer un fuerte para la defensa y administración del puerto, de manera que sería el epicentro del enfrentamiento naval en el que terminó el conflicto entre las sabanas de Tolú y Cartagena. Una vez inició la confrontación entre los cartageneros y los pobladores de las sabanas se dispuso en el puerto de Zapote una lancha cañonera —denominada número 4— con 40 quintales de pólvora, varios fusiles y 20 cañones.

---

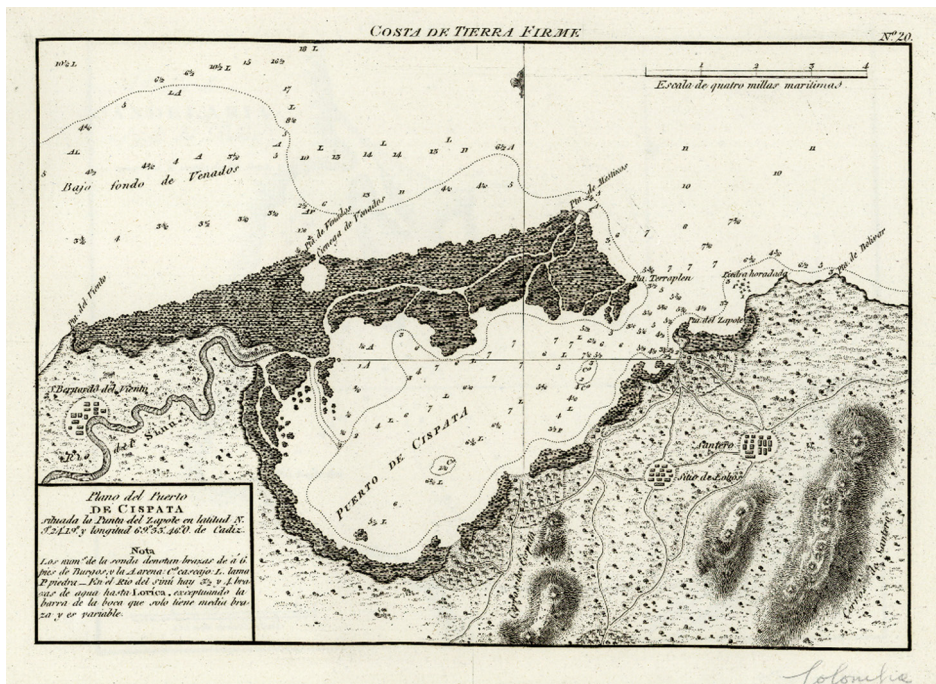
<sup>75</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 227v.

Mapa 1. Población de la provincia de Cartagena, 1772.



Fuente: Diego Paredo, "Noticia histórica de la provincia de Cartagena de las Indias año 1772", Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, n.º 6 y 7 (1972): 119-154.

Imagen 3. Puerto de Cispatá, 1809.



**Fuente:** Dirección de Trabajos Hidrográficos, Portulano de la América Setentrional: dividido en quatro partes (Madrid: Dirección de Trabajos Hidrográficos, 1818). En línea: <https://bibliotecavirtual.defensa.gov.es/BVMDefensa/es/consulta/registro.do?id=1047213>

Como en ocasiones anteriores, Cartagena y Mompox develaron sus conflictos como puertos centrales durante el interregno de las independencias y juras de fidelidad a Fernando VII. Mientras en el primero se conectaban las Antillas y el comercio del mundo Atlántico, el segundo era un lugar central de una serie de puertos y *barrancas* que conectaban al Nuevo Reino de Granada con la costa. A pesar de que esta última era una villa, al Cartagena reclamar la centralidad de la provincia y definir la política a seguir durante el interregno, el privilegio de tener un cabildo propio inmediatamente se hizo sentir.

Los brazos del río Magdalena hacían llegar productos desde el Alto Magdalena provenientes de Popayán, Santa Fe, Neiva, Ibagué y Antioquia. Una ruta del oro que seguía los ríos Nechí, Cauca y Magdalena hasta Mompox hicieron que las autoridades reales procuraran mantener funcionarios que recabaran alcabalas y otros impuestos, fortalecer las cajas de oro y evitar a toda costa el contrabando. Cada ciudad y cada villa en el trayecto entre Honda y Mompox era un puerto o cuando

menos contaba con una *barranca*, es decir, un desembarcadero que servía para que los transeúntes descansaran, pero también para mover mercancías hacia la *tierra dentro*. De tal manera, pues, que la cercanía y posibilidad de tener salida al río era un privilegio que todas las poblaciones buscaron mantener y aprovechar para su conveniencia.

Para finales del siglo XVIII, Mompox aparecía como cabeza de provincia, mientras que Cartagena se atrevía, incluso, a solicitar que se le entregara la sede del virreinato debido a su importancia comercial y estratégica. En 1810, el conflicto tuvo que solucionarse por medio de tropas que irrumpieron en el vecindario de Mompox para que se mantuviera el orden y la centralidad que requerían los territorios americanos para aguantar las arremetidas realistas y de otras provincias que buscaban la mejor conveniencia ante la situación política.

Unos años atrás, en 1780, el virrey Caballero y Góngora, buscando mantener fortalecido el *hinterland* entre los puertos y la *tierra adentro*, envió a oficiales y religiosos a que inspeccionaran los ríos Sinú y San Jorge. Las noticias que llegaron era que había un proceso de poblamiento importante que no estaba definido por centros urbanos nucleados, sino más bien por haciendas y estancias dispersas de población *libre de todos los colores*. Siguiendo el curso de ríos como el Sinú hasta su desembocadura en la bahía de Cispatá, la sorpresa, de seguro bastante conocida en el puerto de Cartagena, fue que había un flujo de contrabando, en especial, de aguardiente. Una ruta importante de Tenerife, Zambrano, Corozal, Sincelejo y Loricá hasta el puerto de Zapote mantenía conectado un territorio que, aunque se concebía interior —*tierra adentro*— en realidad estaba abierto al comercio atlántico.

A medida que iban entrando los españoles se encontraron con franceses viviendo entre los indios en las inmediaciones de Montería y en pueblos de indios, donde tenían familias y tratos comerciales importantes. Pequeñas embarcaciones salían rumbo a El Darién y Portobelo. Tanto por Tenerife como por el mar, evadiendo a Cartagena algunos hacendados se conectaban con Santa Marta. Por ejemplo, la hacienda Las Cabezas, perteneciente a los marqueses de Santa Coa, tenían un puerto propio que se conectaba con el río Magdalena a través de la ciénaga de Candelaria hasta El Banco<sup>76</sup>.

A finales del siglo XVIII, el padre Joseph Palacios de la Vega, encargado de recorrer los ríos San Jorge, Sinú, Cauca y Magdalena, a medida que avanzaba entre haciendas y ciénagas fue encontrando una población numerosa y dispersa,

---

<sup>76</sup> Adolfo Meisel Roca, *Santa Bárbara de Las Cabezas: La gran hacienda del Caribe colombiano 1742-1942*, 1.ª ed. (Barranquilla: Universidad del Norte, 2023).

aunque dedicada al cultivo y llevando una vida en familia en estos lugares. Entre cimarrones, indígenas y zambos encontró grandes cultivos de tabaco, arroz, caña y otras siembras. Sobre el aguardiente que sacaban de las sabanas de Ayapel indica que "a un lado de la roza o vega de tabaco, metido en el monte, tenían otro rancho grande donde tenían alambiques de barro para sacar aguardiente bichen-gue para el contrabando. Que allí habían también trojas para curar el tabaco"<sup>77</sup>. Se trataba de nueve alambiques "cargados de caldo de caña", cada uno con su horno. Por fuera del rancho donde estaban dispuestos, varias pailas de barro "para recibir, treinta y cinco múcuras" y un gran cañaverl con toda la caña madura<sup>78</sup>.

Desde Mompox y las sabanas se llevaban productos para el consumo en las minas de Zaragoza y en los sitios aledaños como Nechí, Cáceres y otras poblaciones rivereñas. Una vez más, Palacios de la Vega nos ofrece noticias al respecto al indicar que en un champán que iba dirigido a Zaragoza logró comprar en Nechí "sesenta arrobas de carne, una petaca de tabaco, catorce botijas de aguardiente, cinco de vino, una fanega de sal, diez catabres de puerco, con dos arrobas y media cada uno, un saco de pan abizcochado"<sup>79</sup>. Quedaba así la zona de las ciénagas y las sabanas como una gran despensa para las zonas mineras de Antioquia y pueblos del río Magdalena y, por supuesto, la costa y la ciudad de Cartagena, el centro que más demanda tenía de alimentos. Por esta razón, al momento de cortar relaciones entre los cabildos y las autoridades locales, el parte de hombres como Simón Bolívar, quien ayudó en la defensa del proyecto de los cartageneros fue que

[...] no era menos aflictiva la situación de la del Norte. Jamas se ha visto Cartagena en iguales apuros: habiánse sublevado los Pueblos de las sabanas de Tolú y Carozal, que abrieron las puertas á los enemigos de Santa Marta, y juraron al fantástico Rey Fernando, y á las ilegales Cortes y Regencia de Cádiz. La Plaza de Cartagena se hallaba por decirlo así reducida á sus propias murallas, sin víveres, sin dinero, y sin esperanza de auxilio alguno.<sup>80</sup>

<sup>77</sup> Joseph Palacios de la Vega, *Diario de viaje del P. Joseph Palacios de la Vega: Entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada, 1787-1788.*, ed. Gerardo Reichel-Dolmatoff, Jorge Ortega Torres-Colección (Bogotá: A. B. C., 1955). Véase también la versión editada por Oscar Medina Pérez et al. en *Lemir*, n.º 14 (2010): 818.

<sup>78</sup> Palacios de la Vega, "Diario de viaje", *Lemir*, n.º 14: 818.

<sup>79</sup> Palacios de la Vega, "Diario de viaje", *Lemir*, n.º 14: 818.

<sup>80</sup> Archivo Histórico Judicial de Medellín, *Archivos personales de José Manuel Restrepo*, rollo 8, vol. 12, 22 de noviembre de 1813, fol. 214r.

## Tantos pueblos como soberanías

Volviendo sobre el mapa que muestra los totales de población (véase mapa 1) es posible entender que la provincia de Cartagena empezaba a tener varios centros de poder. El puerto principal era la ciudad amurallada, el cual se valía de poblaciones como Turbaco, Turbaná, Santa Ana y otras poblaciones de indígenas y libres. Por su parte, Mompo, que a finales del siglo XVIII tenía más de cinco mil habitantes, también ejercía gran influencia sobre las poblaciones cercanas al río Magdalena, en las ciénagas y brazos que confluían en la ruta que seguía el río hasta su desembocadura. La otra gran concentración de población era las sabanas de Tolú, con Lorica, Tolú, Corozal, Sampués, compuesto de población libre ocupada en las haciendas y con una ruta de salida al mar. Por lo tanto, como en otras partes del Nuevo Reino de Granada, en el momento del interregno político cada cabildo y cabecera que tenía el beneficio de concentrar bastante población procuró velar por su gente acudiendo al derecho de gentes que ponía al gobierno autónomo como la mejor salida ante la falta del monarca español. Para 1810, ante la eclosión juntera, algunas poblaciones en la sabana de Bogotá y Tunja, en Pasto, Riohacha y Santa Marta, así como en el Patía —cerca de Popayán— mantuvieron su fidelidad a Fernando VII. Las ciudades que buscaron nuevos proyectos políticos quedaron entonces cercadas, como Cartagena, Quito y Popayán, siendo los epicentros desde los cuales la Corona española tenía la pretensión de recuperar todas las ciudades por medio de las armas<sup>81</sup>.

El interregno político era tal que el 13 de octubre de 1815 la legislatura de Cartagena consideró poner la ciudad bajo la protección de la Corona británica<sup>82</sup>. En 1808, con las noticias acerca del secuestro del monarca Fernando VII y de su padre, Carlos IV, las ciudades americanas empezaron una carrera por encontrar aliados y por formar alianzas que les permitiera subsistir de manera autónoma como repúblicas. En el caso de la ciudad amurallada era un intento desesperado del gobernador Juan de Dios Amador por combatir el sitio en que estaba el centro urbano por parte de un contingente español al mando de Pablo Morillo. El poder tener una ciudad-puerto como aliada permitía que las relaciones diplomáticas, el desembarco de armas y tropas fuera más ágil e ininterrumpido. En Santa Marta, por ejemplo, podían llegar tropas de la península, Panamá, Cuba, Puerto Rico y

<sup>81</sup> Mejía, *Cartografía e ingeniería en la era de las revoluciones*, 275.

<sup>82</sup> Bassi, *Un territorio acuoso*, 1.

Venezuela<sup>83</sup>. En Cispatá, también desde el siglo XVIII se había demostrado que podían llegar embarcaciones desde El Darién y otros puertos centroamericanos. La población de las sabanas de Tolú buscaba evadir las autoridades aprovechando esta ruta para así no tener que pagar impuestos por productos que llegaban o que salían. Por esta razón, el gobierno de Cartagena, que se consideraba con mayor prestigio por contar con gobernador, buscó adherir a los pueblos de las sabanas a su causa. Sin embargo, los clérigos realistas y las familias que aprovechaban la autonomía de la región comenzaron a buscar nuevos aliados. Incluso, a medida que se fue cerrando la ruta del río Magdalena, las embarcaciones pequeñas con contrabando, noticias y otros productos salían por Cispatá, adentrándose para evitar el puerto de Cartagena y llegar directamente a Santa Marta. Ambas ciudades entonces, entre los años 1810 y 1812, entraron en una carrera por asegurar sus circuitos o crear nuevos que pusieran a su servicio pueblos y puertos<sup>84</sup>.

Bajo la denominación de guerra de flotillas y fuerzas sutiles, los historiadores Armando Martínez Garnica y Jorge Conde Calderón hacen referencia a la estrategia utilizada por las milicias para moverse en el intrincado territorio de ríos, caños, ciénagas y costas de bajo calado que imponían la geografía de la costa Caribe<sup>85</sup>. Los militares utilizaron las embarcaciones tradicionales para mantener la defensa de las costas. Aunque se considera que los revolucionarios no tenían la capacidad para adquirir nuevas embarcaciones, además de armas, el tipo de personal que se sumaba a la causa y las condiciones geográficas hacían que embarcaciones pequeñas fueran más efectivas y baratas, en especial cuando se debía dar soluciones oportunas a las circunstancias de la guerra.

Por ejemplo, en la defensa que organizó Cartagena cuando se declaró como Estado independiente logró reclutar a unos doscientos hombres entre soldados, milicianos y marineros. Se procuró que, divididos, estos hombres fueran vigilando las costas y atacar, cuando fuera necesario, desde distintos frentes al mismo tiempo: “Cada grupo se desplazó en embarcaciones ligeras que construían y equipaban los armadores de navíos corsarios. Se trataba de goletas de una sola pieza que, organizadas en flotillas, se movilizaban rápidamente por los ríos e intrincadas redes de caños y ciénagas”<sup>86</sup>. Desde 1721, la ciudad de Cartagena dispuso una

<sup>83</sup> Mejía, *Cartografía e ingeniería en la era de las revoluciones*, 275.

<sup>84</sup> Mejía, *Cartografía e ingeniería en la era de las revoluciones*, 275.

<sup>85</sup> Armando Martínez Garnica y Jorge Conde Calderón, *La batalla decisiva*, 75.

<sup>86</sup> Martínez Garnica y Conde Calderón, *La batalla decisiva*, 76.

fragata y cuatro balandras como escuadra de guardacostas, las cuales se encargaban de vigilar el contrabando y los posibles ataques de piratería<sup>87</sup>.

La posibilidad de poder llevar la confrontación hasta tierra adentro, siguiendo los ríos, hizo tan efectivas estas embarcaciones armadas —fuerzas sutiles en la jerga naval— para pasar los vados y bancos de arena que fueron utilizadas tanto por tropas revolucionarias como realistas. Estas podían estar tan armadas que sostenían batallas con embarcaciones de mayor calado, como buques, en las costas del mar. Hasta Santa Marta, con el arribo del ingeniero militar Vicente Talledo, inició una ofensiva sobre los puertos y barrancas del río Magdalena. Sin embargo, según informó el funcionario, no se contaba ni con una barqueta para poder combatir a Cartagena<sup>88</sup>.

La misma consideración tenía la ciudad amurallada, así que era necesario ir definiendo cuáles eran los puertos amigos y cuáles los enemigos. Los enclaves más importantes eran desde Sabanilla, pasando por Barranquilla hasta Santo Tomás, luego estaban la Ponedera, Real de la Cruz y Zambrano. Una vez se llegaba a Tacamocho, el área de influencia era del vecindario de Mompo, desde el cual se conectaban varias rutas. Siguiendo el curso del río, la ciudad de Simití era un último lugar poblado que servía de punto clave en el bajo río Magdalena (véase figura 1).

Teniendo en cuenta esto, Santa Marta buscó posicionar tropas en las ciudades de su jurisdicción, aledañas a los pueblos de Cartagena para no solo definir sus puertos de entrada y salida a esta geografía anfibia, sino también con el objetivo de capturar canoas, champanes y buques de mayor calado que sirvieran para organizar una defensa eficaz. Así que Vicente Talledo optó por aconsejar el envío de tropas a la antigua villa de Tenerife, El Banco y Pedraza. De esta manera se tenía asegurada, o por lo menos vigilada, la ruta que conectaba a la ciudad con el río desde Mompo, en el primer caso, y el camino de Chiriguana y El Dique, con las otras dos poblaciones<sup>89</sup>.

Por su parte, además del curso del río Magdalena, los cartageneros no solo se enfrentaban a las ciudades realistas, sino que también su propia jurisdicción estaba dividida en disputas. Así que, en especial en 1812, centró su atención en recuperar el territorio que iba desde las “sabanas de Corozal, desde Ayapel hasta Lórica, incluyendo a Chinú, Sampedra, Sincelejo, Tolú y el fuerte de Cispatá o

<sup>87</sup> José Agustín Blanco Barros, “Noticia Historial de la provincia de Cartagena de las Indias, Año 1772: Por Diego de Peredo”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de La Cultura*, n.o 6-7 (1972): 131. <https://doaj.org/article/d6d4afd83e0d4a12997df3d3ac5ac9d2>

<sup>88</sup> Mejía, *Cartografía e ingeniería en la era de las revoluciones*, 278.

<sup>89</sup> Mejía, *Cartografía e ingeniería en la era de las revoluciones*, 278.

Zapote, localizado en la desembocadura oriental del río Sinú<sup>90</sup>. En el momento en que Cartagena se declaró como gobierno independiente, se enfrentó contra las poblaciones de este territorio. Ya Mompox, un año antes, puso en vilo las pretensiones de la ciudad sobre la tierra adentro al oponerse a las élites revolucionarias<sup>91</sup>. Sin embargo, a pesar de estos centros de poder y de las disputas entre familias que buscaban proteger sus bienes e intereses, algunas de las personas que presenciaron los hechos, como el presbítero Joaquín Escobar, no dejaron de considerar que la revolución de las sabanas no era más que un movimiento popular inconexo<sup>92</sup>.

Entre 1810 y 1812, los cartageneros buscaron poner a los pueblos de las sabanas bajo su bandera. A pesar de la falta de armamento y preparación militar, las poblaciones locales hicieron resistencia con lanzas, cuchillos, machetes, lanzaderas de piedra y algunos trabucos; pero, ante todo, a partir de un sistema que tenían montado de contrabando, con puestos y rutas, por la intrincada geografía acuosa<sup>93</sup>. Se trataba del contrabando de aguardiente, el cual movían por caminos y por los ríos hasta la ciudad de Cartagena. La situación de descontento, la búsqueda de rutas de contrabando como el camino de Galápagó, se agravó cuando algunos vecinos decidieron destituir definitivamente a Francisco Díaz y Anaya, el funcionario que se encargaba de administrar el estanco de aguardiente en Corozal. Otro problema se sumó cuando se trató de introducir el papel moneda entre el vecindario, el cual consideró que estaban siendo timados por las autoridades de Cartagena.

En ambos casos, y como sucedía cotidianamente en estas sociedades de antiguo régimen, los cambios en la costumbre y que intervenían el funcionamiento de los ámbitos locales, generaba desasosiego<sup>94</sup>. Por esta razón, los independentistas siempre consideraron que las élites que tenían el control del contrabando eran las que se oponían al gobierno de Cartagena. En agosto de 1812 comenzaron a sobresalir entre las revueltas y rumores de descontento cuatro personas que se creía eran quienes manejaban la revolución, pero, más bien, no tenían más interés que mantener las rutas del contrabando. Se trataba del cura Pedro Mártir Vásquez, encargado de la población de Sampués, con un vecindario que superaba los 2000 habitantes; el prefecto Pedro José Paternina, a quien se consideró que lideró el

<sup>90</sup> Martínez Garnica y Conde Calderón, *La batalla decisiva*, 76.

<sup>91</sup> Armando Martínez Garnica y Daniel Gutiérrez Ardila, *La contrarrevolución de los pueblos de las sabanas de Tolú y el Sinú (1812)* (Bucaramanga: Ediciones UIS, 2010).

<sup>92</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 227.

<sup>93</sup> Bassi, *Un territorio acuoso*.

<sup>94</sup> John L. Phelan, *El pueblo y el Rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*, (Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2009).

motín en Sincelejo; Manuel Betín y José María Salgado, ambos vecinos de Chinú, estas dos últimas poblaciones superaban el millar de habitantes y tenían un lugar estratégico en la ruta hacia Corozal y la conexión con el río Sinú<sup>95</sup>. El resto de poblaciones, muchas de las cuales también superaban más del millar de pobladores, fueron motivadas por los curas párrocos para que no apoyaran la causa revolucionaria argumentando que “era lo mismo no ser vasallos de un rey imaginario, que no ser cristianos”, según lo explicó en su obra el cura Joaquín Escobar.

En esta situación de confrontación que se agudizó en 1812, mientras Santa Marta aseguraba algunos de sus puertos y en las sabanas se mantenían vivas algunas rutas de contrabando —ahora fundamentales en la circulación de información y tropas—, desde Cartagena se hizo un avance importante para combatir ambos bastiones realistas. Para ello colocó unas baterías en Barranca, buscando tener control sobre el camino de Galápagó, y una fortaleza, custodiada por tropas republicanas en Yati<sup>96</sup>. Hasta los pueblos que estaban empezando a levantarse fueron enviados curas, como es el caso de Joaquín Escobar, quien arribó a Corozal a principios de junio de 1812, con el propósito de agregar adeptos a la causa por medios que no fueran las armas.

Sobre la incidencia que podían tener los párrocos en los movimientos de grandes contingentes de población, Escobar hizo la siguiente anotación respecto a una de las ocasiones en que iniciaban las disputas entre los pueblos de la sabana por el apoyo o no a la causa republicana:

Una vez Corozal se sumó a la revolución, al día siguiente llegaron de Sampués una patrulla de indios, capitaneados por Felipe Martínez, alcalde Pedáneo, a hacer reconocimiento. El 22 de agosto de 1812 ya había en Corozal unos 500 indios de los pueblos de San Andrés y Sampués, á las órdenes de su generalísimo el padre Vásquez que para mayor ostentación de su grandeza se hizo conducir en hamaca hasta las inmediaciones del sitio. A esta multitud se juntaron en los corralitos más de 200 sincelejanos al frente de Pedro Paternina.<sup>97</sup>

La población de Chinú se sumó al envío de tropas hasta Corozal, comandados por Manuel Betín, mientras que en El Carmen gritaron “viva la patria; viva la independencia”, manteniendo así en Barranca los dos cañones que debían frenar el avance de embarcaciones por el río Magdalena.

<sup>95</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 228r.-v.

<sup>96</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 231r.

<sup>97</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 236r.

Mientras entre los ríos y poblaciones se cuidaba la *tierra adentro, mar en fuera* los pueblos de las sabanas recibieron la ayuda de tropas realistas comandadas por Antonio Fernández Rebastillo, la cual constaba de setenta españoles del regimiento de Albuera, diez criollos de las milicias de Santa Marta y de Panamá<sup>98</sup>. El 24 de septiembre de 1812, a las 11 de la mañana, según indicó el padre Escobar, llegaron las tropas españolas hasta las sabanas como consecuencia de las confrontaciones que aseguraron la entrada y salida de estas tropas por la intrincada geografía de las sabanas del Caribe<sup>99</sup>.

Aunque se suele denominar la *contrarrevolución de las sabanas*<sup>100</sup> por el hecho de oponerse a los proyectos de independencia de Cartagena, se debe tener en cuenta que, ante la eclosión de soberanías, las poblaciones que se levantaron y juraron fidelidad al monarca no lo hacían porque estuvieran en contra de una revolución general de independencia americana, como sucedería en los años siguientes. La reacción de los pueblos de las sabanas, al igual que Antioquia o Popayán, buscó mantener la autonomía que como repúblicas les daba la monarquía y no quedar dependientes o sufragáneas a otros cabildos que consideraban tenían incidencia o derecho sobre otros territorios por gozar de instituciones reales, centralidad económica u otras circunstancias que esgrimían las élites para tratar de agregar poblaciones y recursos en un momento en el que era necesario defender el territorio de una reconquista u ocupación de un cabildo con las mismas pretensiones. En otras palabras, mientras los antiguos centros administrativos de la Monarquía, como Santa Fe de Bogotá, propendían a un proyecto que centralizara varios cabildos, los lugares que estaban en un segundo y tercer orden de poblamiento buscaron mantener su autonomía y vínculo directo con el monarca<sup>101</sup>.

Las poblaciones que sobresalían como parte del proyecto de independencia que jalonaba Cartagena eran los pueblos de Yatí, El Carmen y el Guamo, mientras que los realistas eran Corozal, Sampués, Sincelejo y Lórica. Teniendo como punto de partida la villa de Tenerife, Rebastillo salió hacia Sincelejo, la cual solicitó la ayuda ante los embates de tropas republicanas de los pueblos cercanos. A su arribo inmediatamente volvió a nombrar autoridades reales y restableció las cajas de hacienda. En Corozal fueron nombrados Antonio Caro y Juan Bautista Gori en las

<sup>98</sup> Martínez Garnica y Conde Calderón, *La batalla decisiva*, 78.

<sup>99</sup> Escobar *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 240r.

<sup>100</sup> Martínez Garnica y Gutiérrez Ardila, *La contrarrevolución*.

<sup>101</sup> Ana Catalina Reyes Cárdenas y Juan David Montoya Guzmán, eds., *Poblamiento y movilidad social en la historia de Colombia, siglos XVI-XX*, 1.ª ed. (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2007).

cajas reales. En otras poblaciones cercanas los encargados de mantener el orden fueron los párrocos, quienes terminaron por ostentar el título de "comandantes". En Lórica, una población numerosa y privilegiada por la ruta del río Sinú, las tropas del rey comenzaron a buscar que Diego de Castro apoyara el antiguo régimen, a lo cual accedió sin oponer mayor resistencia<sup>102</sup>.

Las poblaciones que se oponían al gobierno de Cartagena quedaron conectadas teniendo por centro la villa de Tenerife, ubicada en el curso del río Magdalena. Quedaba así un circuito de pueblos, puertos y embarcaderos entre los ríos Magdalena, Cauca y Sinú desde los cuales se llevaban a cabo operaciones de vigilancia, además de que se iban cerrando los canales de abastecimiento de víveres y carne a Cartagena. En Tenerife quedaron el buque corsario *Fernando 7°*, comandado por el capitán Gabriel Gálvez; la lancha *Andaluz* y los bongos *San Joseph* y el *N.° 4*<sup>103</sup>. Por su parte, el gobernador de Cartagena dejó asentadas en el puerto de Barranca naves para la defensa de su territorio. Mientras el buque custodiaba las aguas del Magdalena, los bongos y lanchas se movían por las aguas de los ríos Sinú, San Jorge y Cauca, por las condiciones de profundidad del río y por la capacidad de maniobra a partir de este tipo de naves. Finalmente, fue necesario establecer un fuerte en Zapote con naves permanentes para proteger la desembocadura del río Sinú, el denominado puerto de Cispatá<sup>104</sup>. Ambos gobiernos, el de Rebastillo y el de Cartagena, comenzaron acciones de guerra por mar y tierra<sup>105</sup>.

El encargado de llevar las tropas desde Cartagena a la *tierra adentro* fue Bruno Berrío. Aunque las tropas realistas habían asegurado víveres, capturado embarcaciones en el río Magdalena y tenían el favor de grandes contingentes de población indígena que eran más efectivos con sus flechas que los españoles con sus armas de fuego, las tropas republicanas habían logrado mover cañones entre puertos y establecerse en lugares estratégicos que terminaron de llevar los bandos a la confrontación. Una vez reconocido el papel que cumplía el fuerte de Cispatá, y que se dudaba de que el comandante del fuerte ayudaba por igual a las tropas realistas y a las republicanas de Cartagena, Rebastillo lo relevó del cargo y "envió al Teniente

<sup>102</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 241v.

<sup>103</sup> Martínez Garnica y Conde Calderón, *La batalla decisiva*, 79.

<sup>104</sup> Martínez Garnica y Conde Calderón, *La batalla decisiva*, 79.

<sup>105</sup> Rebastillo hizo una visita a varios pueblos entre el Sinú, el Cauca y el Magdalena para recoger víveres y otras cosas. Pasó por los sitios de Sampués, Chinú, luego pasó por Sahagún, Ciénaga de Oro, donde volvió sobre el Sinú y Chimá, Momil, La Concepción y Lórica, siendo recibido en todas estas poblaciones con repiques de campanas, capas de coro y Te Deum. De Lórica pasó a visitar la fortaleza del Cispatá, y allí se embarcó para venir a Tolú. Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*.

Infante con quince soldados de Albuera, y al Alferez Urganeta á reemplazarlo, é impedir toda exportación<sup>106</sup> de víveres y de alianza política de pueblos de la sabana con Cartagena.

El avance de tropas por el río Magdalena hasta las sabanas fue frenado en Mancomoján, cerca de la población de Sincé, donde inició un enfrentamiento. Desde Tenerife se movió hasta Ovejas el comandante Pedro Domínguez, junto con José Pío Gracia, comandante de las tropas del río Magdalena. Las tropas se movilizaron hasta Corozal, donde dejaron una avanzada a cargo del teniente Pedro Mateos y del padre Pedro Mártir Vásquez. Por su parte, Cartagena también movilizó tropas río arriba para ir recuperando los pueblos regentistas, en especial, en busca del Regimiento de Albuera, del que se tenía noticia había llegado para defender los pueblos de las sabanas. Mientras avanzaban se tuvo noticias de que el encuentro de los enemigos sería en Ovejas, como en efecto sucedió entre las 4 de la tarde y 7 de la noche del 12 de noviembre de 1812 en el dicho arroyo de Mancomoján. Allí, el teniente Mateos, a mano derecha, levantó un terraplén sobre estacas a la entrada del sitio; a la izquierda, en una "pequeña eminencia", mandó también construir varias baterías protegidas con estacas. En una cima, desde donde tenía control privilegiado, hizo colocar una batería "bastante cómoda para el manejo de la honda"<sup>107</sup>.

El arroyo de Mancomoján estaba a una legua del sitio de Ovejas, por lo cual las tropas instalaron en esta distancia varias trampas y fuertes para su defensa. En el camino, el teniente hizo clavar estacas en el plan y "cortó" el paso con un vallado en el que apenas quedó una puerta pequeña; también construyó dos casas distantes doscientas varas una de otra, empezando con una pequeña en el arroyo para que allí se guareciera la avanzada de infantería. La otra era de mayor tamaño y se ubicó en el "pie de una loma" con el propósito de que allí se alojara la guardia de caballería. Finalmente, entre las casas, siguiendo la loma en diferentes distancias, fueron colocados árboles cortados para que hicieran las veces de trincheras para los combatientes. Las tropas enfrentadas en general provenían de San Jacinto y El Carmen, en el caso de los que apoyaban el gobierno de Cartagena, y los regentistas provenían de Sincelejo, Chinú y Sampués. En su mayoría eran pardos, pero también se encontraban indios, curas, españoles, extranjeros y zambos<sup>108</sup>.

<sup>106</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 248r.

<sup>107</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 249v

<sup>108</sup> Martínez Garnica y Gutiérrez Ardila, *La contrarrevolución*, 76.

A pesar de que las tropas conformadas por los hombres de Rebusillo y las tropas que movían los curas y algunos jefes políticos de las sabanas podían alcanzar un total de 1200 hombres, solo 200 estaban bien armados de fusiles y escopetas. La gran mayoría de combatientes fueron al campo con lanzas, machetes, hondas y flechas. Muy seguramente, las tropas de Cartagena también tenían el mismo componente armamentístico. Sin embargo, entre la tarde del 11 de noviembre y la madrugada del 12, el triunfo estaba en manos de los cartageneros, quienes se habían movido con cañones montados y fusilería. Tanto los testigos de la época como los historiadores que se han encargado de recuperar y analizar estos hechos llaman la atención por la gran matanza que sucedió. Así lo comentan los historiadores Armando Martínez y Daniel Gutiérrez: “El espanto que produjo en el campo de Mancomoján la visión de los muertos que dejó la fusilería fue suficiente para que los pueblos de las sabanas abandonaran la guerra civil y se dispersaran por los montes”<sup>109</sup>. Por su parte, el padre Escobar informó “el grande estrago que nuestras armas habían hecho en los enemigos, a pesar de que las orillas del camino estaban sembradas de cadáveres que nos habían ocultado las tinieblas”<sup>110</sup>. Como veremos en el siguiente apartado, un hecho parecido dejó el paso de las goletas y lanchas de guerra en la batalla de Cispatá en el fuerte que se encontraba en la punta de Zapote.

Las tropas vencedoras llegaron hasta Corozal donde se llevaron a cabo embargos de bienes a las personas directamente comprometidas con la revolución, como Juan Mont, Vicente Pujadas y Juan Bautista Vergara. Lo mismo se realizó en Chinú y Tolú, siendo los más afectados los curas que estaban a cargo, a la manera de comandantes, de contingentes de indios y libres de distintos pueblos de las sabanas. De manera paradójica, el triunfo de las milicias de Cartagena también significó la incorporación de hombres que antes habían sido sus enemigos, es decir, el teniente coronel Cortés de Campomanes emitió un decreto con el que impuso una circunscripción forzada a la población de las sabanas para llevar soldados y defender la plaza de Cartagena contra la de Santa Marta. La cifra que se incorporó a las tropas vencedoras fue de unos ochocientos hombres<sup>111</sup>. Desde el pueblo de Mahates comenzó a organizarse un contingente que mantendría los pueblos de las sabanas bajo la bandera política de Cartagena. De igual manera se

<sup>109</sup> Martínez Garnica y Gutiérrez Ardila, *La contrarrevolución*, 76.

<sup>110</sup> Martínez Garnica y Gutiérrez Ardila, *La contrarrevolución*, 68.

<sup>111</sup> Martínez Garnica y Gutiérrez Ardila, *La contrarrevolución*, 71.

consideró importante fortificar la población del Guamo y avanzar en la organización de los pueblos ribereños contra los realistas de Santa Marta<sup>112</sup>.

## El fuerte de Cispatá, un lugar estratégico

A pesar de que Cartagena venía ganando la guerra en las sabanas, hasta no tomar los puertos que comunicaban con el mar no se daba por terminada la batalla. Los fuertes y lugares estratégicos de conexión entre el mar y la *tierra adentro* eran el centro de atención de los bandos confrontados. Cada paso que demostraba la victoria de las tropas era comunicado y publicado para apaciguar los temores y zozobras que vivía el vecindario o las autoridades lejanas a los hechos. Juan José Rosado, quien estaba a cargo de la Batería de Cispatá indicaba el 4 de octubre que estaba al tanto de las noticias de la defensa que hacían los pueblos de la sabana de su monarca Fernando VII. La respuesta quería indicar del arribo del teniente de artillería don Manuel de Esquiaqui y del envío hasta el fuerte de la lancha N.º 4 para su defensa. Y agregaba: "Dicha lancha y este fuerte con todos sus pertrechos los mantengo a disposición de vuestras mercedes, como comandante de las tropas defensoras de los derechos de Fernando VII"<sup>113</sup>.

En la *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, se buscaba dar parte del avance de las tropas patriotas de cada avance en el territorio. Gracias a este esmero, tenemos noticias acerca de la batalla de Cispatá con la cual se empezaba a cerrar un ciclo de guerra y encuentros políticos entre autoridades locales que fragmentaba el proyecto de las independencias americanas. El lunes primero de diciembre de 1812, una vez que llegaron varios oficios al presidente gobernador del Estado de Cartagena, por parte del comandante de las fuerzas de tierra de la expedición de Cispatá, la buena nueva fue transmitida en la gaceta de la ciudad para que se compartiera el nuevo triunfo patriota.

Según informó el comandante Miguel Carabaño, a las 3:15 de la madrugada las tropas que venían en embarcaciones, acercándose a la bahía de Cispatá, se acercaron al puerto del Mamón para desembarcar allí una parte. Entre marineros y soldados, unos 150 hombres acompañaban a Carabaño, el cual decidió dividir la tropa en tres columnas. La primera iba al mando del capitán Fernando Carabaño, la segunda con el subteniente Francisco Ribas y, la tercera, con el subteniente

<sup>112</sup> Escobar, *Historia de la revolución de Sabanas*, fol. 249v.

<sup>113</sup> Martínez Garnica y Gutiérrez Ardila, *La contrarrevolución*, 204.

Diego García<sup>114</sup>. La intención era tomar el fuerte de Zapote por mar y por tierra. El comandante general Antonio Fernández Rebusillo dispuso que para la defensa de Cispatá eran necesarios apenas 40 hombres de las tropas españolas de su mando, 10 artilleros “mandados por un oficial de su entera satisfacción”. Además, era necesario un “piquete” de 12 hombres que debían permanecer en el sitio de Lorica para mantener vigilados los pueblos y las entradas a la bahía<sup>115</sup>.

Entre los preparativos y el camino hasta el sitio de San Antonio les tomó a las tropas toda la madrugada. El comandante indicó que a las 8 de la mañana fueron detenidos por una emboscada de los insurgentes, es decir, habían localizado una de las poblaciones que mantenía soldados pertrechados para combatir las fuerzas de Cartagena. Como en otros sitios, se tumbaban árboles para dificultar el paso de las tropas y del armamento como cañones y otros instrumentos que no era fácil llevar por las sabanas. Los patriotas encontraron, entonces, un árbol grande que además de presentar un obstáculo era más bien una trinchera desde la cual fueron atacados por fusiles y flechas. En efecto, las tropas sufrieron la emboscada y el comandante no negó en su informe las bajas que tuvo o por lo menos destacó las que consideró más importantes en desmedro de su tropa. Entre los heridos contó al sargento segundo Atanacio Rodríguez, al cabo segundo —de las milicias pardas— Carlos Vásquez, y al soldado José Fajardo —del cuerpo de línea—. Los muertos fueron el miliciano Matías Alonso y el marinero Domingo Charres.

Tal parece que las tropas patriotas aprovecharon el “mal camino”, es decir, el monte y el rastrojo debieron ayudar a que rápidamente se encontrara refugio de los ataques y que se pudiera avanzar y rodear la trinchera que hacía el árbol. Finalmente, el punto fue tomado y quedó un saldo de seis muertos, según se le informó al comandante. Quedando al descubierto el avance de la tropa y de la necesidad de destruir y descubrir alguna otra emboscada en el sitio, Carabaño dio “fuego al sitio quedando reducido á cenizas en muy breves momentos”<sup>116</sup>.

Además del ataque, la tropa debió seguir un camino dificultoso, “que obligó a hacerlo descalzo a todos, empezando por mí” -Miguel Carabaño-, que los llevó a ubicarse a espaldas de la batería de Cispatá, en un sitio que se conocía como el Cocal. Eran las 12:30 del mediodía cuando llegaron hasta el lugar e inmediatamente fueron recibidos por disparos de un cañón y de fusilería. Se trataba de un

<sup>114</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, 1 de diciembre de 1812 (Cartagena de Indias: Imprenta del Gobierno, 1812), s. f.

<sup>115</sup> Martínez Garnica y Gutiérrez Ardila, *La contrarrevolución*, 205.

<sup>116</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, s. f.

cañón de a cuatro. Sin embargo, en cuestión de minutos, según el comandante, la resistencia fue abatida a pesar de que los montes, los pantanos y un acantilado hacían que el avance del ataque se retrasara. Rápidamente, las tropas que defendían el cañón se desperdigaron por los montes, mientras que quienes se quedaron fueron aprehendidos y pasados "a cuchillo"<sup>117</sup>. Al parecer, a pesar del corto enfrentamiento, el número de bajas fue superior y justo por esto el resto de tropas realistas abandonaron su puesto. Al respecto, agregó el comandante, "se infiere haya muchos muertos por los manglares inmediatos según lo indica el mal olor, y la reunión de los paxaros nombrados Gallinazos"<sup>118</sup>.

La otra parte del asedio fue por mar, al comando de Pedro Dupin. Las tropas marinas atacaron durante horas el fuerte de Cispatá, pues a las "siete y tres cuartos" estaban en las costas enemigas donde fueron recibidos por la batería. Las primeras embarcaciones que hicieron contacto fueron las goletas *Constitución* y *Valerosa Mompoxina*, esta última más a propósito para contestar el ataque debido a su cercanía al fuerte. De hecho, la cercanía fue tal que los buques fueron alcanzados por "balas rojas" que infringieron "graves averías" en los cascos y hubo cuatro heridos de metralla entre los tripulantes. Ante el fuego enemigo, fue necesario entonces que apoyaran a los buques las lanchas y los faluchos que los acompañaban. Aunque se habían mantenido en la vanguardia del enfrentamiento, resultó necesario que se fueran acercando a la batería para hacer efectivos sus disparos. Las embarcaciones eran el falucho *Fogoso*, la lancha *Micomicona* y la lancha bombardera *Concepción*. Con la incursión de estas, dos bombas lograron llegar hasta la batería<sup>119</sup>.

Ante la avería y los ataques que venían sufriendo las goletas —buques— que iniciaron el ataque del fuerte de Cispatá, se esperaba que la lancha N.º 3 las auxiliara, pero no estaba a cargo de un marino capaz, lo que hizo ver sus maniobras lentas y pesadas, de manera que fue necesario hacer un cambio en pleno enfrentamiento: el comandante Dupin envió al contramaestre José Padilla para que asumiera el mando de la embarcación, aunque acompañado por José Mala —segundo en el comando— en caso tal de que el comandante de la lancha se negara a entregarla al susodicho contramaestre. El comando de la lancha N.º 3 estaba a cargo de José María Rabia, quien tenía buenas intenciones y servía al ejército

<sup>117</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, s. f.

<sup>118</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, s. f.

<sup>119</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, s. f.

patriota, pero en el mar era necesario tener una experiencia e inteligencia que los diferenciaba de las tropas de tierra. Así lo explicó Miguel Carabaño:

Pero como los acontecimientos de la mar son muchos, y que no pueden estar al alcance de un Capitán de Patriotas que para salir de ellos necesitaba de mucha inteligencia: el comandante Dupin creyó que algún caso imprevisto que solo estuviese al cabo de un facultativo lo detendría.<sup>120</sup>

La batalla de Cispatá fue una de las primeras donde José Padilla demostró sus habilidades, pues inmediatamente se sintió el cambio de dirección en la lancha, “siendo de advertir que en cuanto tuvo la Lancha nuevo director se acercó, y con tiros de metralla hizo un gran destrozo”<sup>121</sup>. Los comandantes recomendaron las acciones seguidas por Padilla para su ascenso en la carrera militar y marina que seguiría en los próximos años, anotando que “se hace digno de toda consideración tanto por sus acciones anteriores, como por su valor en la presente, el Contramaestre del Bergantín *Independiente*”<sup>122</sup>. Los otros comandantes de las lanchas también tuvieron gran reconocimiento, en especial, el capitán Joaquín Guzmán y Rafael Tono, a cargo de las embarcaciones *Constitución* y *Mompoxina*, respectivamente, las cuales, a pesar de las averías —la primera recibió una bala en el brocal del cañón, a cargo de Constanzo Forzati, segundo en la tripulación, y la segunda con un balazo “a flor de agua”—, continuaron el ataque hasta que cayó la batería. Forzati y el segundo de la tripulación, Juan Rivero, también recibieron admiración por parte de los comandantes por su “intrepidez”<sup>123</sup>. La toma del Zapote, como anotó el comandante, finalizaría el 27 de noviembre de 1812.

Las noticias no se hicieron esperar en las poblaciones ribereñas que estaban sujetas a la seguridad del puesto de Cispatá. El día en que terminaba el informe Miguel Carabaño, el cura de Lorica se apuró a escribir al comandante que sus feligreses ya se encontraban “pacificados”. Quienes habían ocasionado los alborotos decidieron huir del lugar, entre los que se contaba Diego de Castro y Agustín García, de los principales promotores de la *revolución de las sabanas*. El comandante no dejó de demostrar descontento con la noticia e informó a Cartagena el 28 de noviembre que “así hacen los infames españoles comprometer los pueblos

<sup>120</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, s. f.

<sup>121</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, s. f.

<sup>122</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, s. f.

<sup>123</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, s. f.

contra sus capitales, y después los roban, y abandonan"<sup>124</sup>. El informe y sus adendas fueron acompañadas de víveres para el sustento de la ciudad, asediada por el hambre con la revolución, y con algunos presos. Por su parte, desde Zapote —Cispatá—, Carabaño iniciaría al día siguiente una jornada por el río para ir a “poner todo en orden”. Desde Santero y San Sebastián también llegaron las misivas indicando que una vez más rendían obediencia a la ciudad de Cartagena antes de que arribara el comandante.

Tanto para Cartagena como para Portobelo y otros puertos del Caribe era fundamental defender cada puerto que permitiera la entrada y salida de territorios tan importantes como el Nuevo Reino de Granada. Por eso, a medida que se escuchaban noticias de insurrecciones o rebeliones, o de lugares estratégicos para defender o desde donde podían ser atacados, se tomaban medidas importantes para defenderlos. Las tropas que reunía Cartagena provenían de Venezuela y Haití, mientras que los víveres y las tropas llegaron a solicitarse hasta a Portobelo para defender puntos de avanzada en mar y tierra como el de Cispatá. Sin embargo, lo habitual era que muchas de estas provincias y gobiernos se opusieran a gastar dinero y enviar tropas, por considerar que eran asuntos que no concernían a sus problemas cotidianos. Todo lo contrario, el Caribe era un problema común de defensa, primero contra los corsarios ingleses, franceses, holandeses, entre otros, y luego entre las ciudades que apoyaban a los realistas y las que asumieron los primeros intentos de independencia con respecto a la Monarquía.

En 1812, hasta Portobelo, por medio de la goleta *Ventunosa*, a cargo de don Antonio Garriga, llegaron noticias provenientes de la ciudad de Santa Marta. Según indicaron el gobernador y el ministro de Hacienda, Carlos Meyner y Lorenzo Carbacho, la información no era muy satisfactoria y las tropas realistas desampararon el puesto de Cispatá, de manera que se consideraba inútil la ayuda que se solicitaba y preparaba. Además de señalar que fueron adjuntados tres documentos para explicar por qué no se enviaba la Guarnición<sup>125</sup>, los oficiales terminan indicando:

A pesar de todo obstáculo hubiéramos proporcionado los víveres, y demás necesario para su embarco, y avío, pues observamos la atención que merece a *Vuestra Excelencia* la Provincia de Santa Marta, sin ignorar que por la falta de auxilios no ha podido *Vuestra Excelencia* suministrarla todos aquellos que necesitaba.<sup>126</sup>

<sup>124</sup> *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, s. f.

<sup>125</sup> Archivo General de la Nación, Bogotá, *Sección Archivo Anexo-II*, 54.4.2.45, fol. 131r.

<sup>126</sup> Archivo General de la Nación, Bogotá, *Sección Archivo Anexo-II*, 54.4.2.45, fol. 131r.

A partir de entonces, la bahía de Cispatá cobró mayor importancia en la defensa del territorio caribeño y del naciente Estado-Nación colombiano. En 1817, por ejemplo, el subinspector interino de la ciudad de Cartagena solicitaba milicianos de artillería que permanecieran en Tolú y Cispatá:

[...] siendo indispensable mantener en las baterías de Tolú y Zispatá a lo menos quatro hombres Milicianos de Artillería, con un cavo veterano que provee esta plaza, como destacamento para la de Tolú, y ocho hombres con otro cavo de Milicias para la de Zispatá, en razón de distan del [puerto una] legua, y hallarse en él, la compañía de Milicias, resulta que en el día habiendo cesado las raciones con que se les asistía en dichos puntos, carecen del alivio necesario para su subsistencia, por lo que he creído de mi deber manifestarlo a Vuestra Excelencia, a fin se digne siendo de su superior agrado declarar se continúen aquellas a el corto número de 16 hombres, y un cavo en ambos puestos de Milicias de Artillería o bien por caxas Reales se les subministre en el mismo pueblo el equivalente, debiéndose contar este número como sobre las armas<sup>127</sup>.

Ante la falta de una marina bien organizada, al igual que de una cultura castrense, las limitaciones que encontraron las tropas realistas y luego las republicanas eran parecidas. La carestía de alimentos, el relevo de tropas y el mantenimiento del fuerte siempre fueron un obstáculo para la defensa de las rutas marítimas y riberñas del territorio colombiano. Cada ataque y victoria o derrota sumía al perdedor en el despojo y al ganador en la rapiña de incorporar armas, naves y hombres a las tropas. Recordemos que las tropas de Cartagena lograron tomar las baterías que estaban localizadas en Yatí y Zapote, además de la lancha N.º 4 que estaba acondicionada con 40 quintales de pólvora, 20 cañones y un número considerable de fusiles<sup>128</sup>. Así como cayó el puesto en la punta de Zapote, del mismo modo el vecindario de Lorica se vio en aprietos cuando el coronel Arévalo entró con 150 hombres de infantería y 20 de caballería. Tanto en el puerto de Tolú como en *tierra adentro* los oficiales y simpatizantes que fueron huyendo de la arremetida en tierra se refugiaron en el fuerte de Cispatá, pero allí la expedición marítima se encargó de capturar y destruir la fuerza que quedaba de los españoles y regentistas. Entre Corozal, Sincelejo y Lorica se llevaron a cabo 23 fusilamientos: 2, 4 y 17, respectivamente. En el fuerte que daba al mar entraron en la matanza de la cual informa el comandante de las fuerzas marítimas de Cartagena.

<sup>127</sup> Archivo General de la Nación, *Miscelánea*, 39, 92, doc. 42, fol. 690r.

<sup>128</sup> Martínez Garnica y Gutiérrez Ardila, *La contrarrevolución*, 64.

La intrincada geografía acuosa o anfibia de las sabanas de la costa Caribe fueron un reto para los gobiernos que querían incorporar a los pueblos que vivían entre ciénagas, ríos y puertos que comunicaban con el mar. La vida cotidiana de pobladores dispersos que se identificaban más con sus estilos de vida que con las banderas políticas hacía que las fidelidades fueran cambiantes y estuvieran definidas por la conveniencia. Primero, las autoridades reales buscaron controlar las rutas del contrabando de aguardiente, luego el gobierno de Cartagena buscó que se jurara una constitución "que pocos podían leer y entender", pero que detenía los fusilamientos, saqueos y embargos que cada bando procuraba hacer cuando recorrían las sabanas. En cada caso, los militares e ingenieros se dieron cuenta de que estas tierras de poblamientos dispersos y olvidados entre mares de agua y tierra estaban muy bien conectadas con el interior como con el exterior. Perder entonces la posibilidad de controlar una población numerosa y las rutas principales entre las capitales andinas y las de la costa era equivalente a perder la guerra. Por esta razón, la batalla librada en Cispatá y luego en otros puertos de las costas americanas fueron denominadas con justa razón como *batallas definitivas en los procesos de independencias del territorio americano*.

De las bocas de los ríos Sinú y Magdalena se comenzaron a identificar una serie de puertos y barrancas que eran la punta de avanzada sobre un territorio extenso y poblado. Definir el control de cada uno de estos era sumar puertos amigos e identificar cuáles eran los enemigos. Allí circulaba información y personas que, camuflados o, por lo menos, sabiendo dónde desembarcar, lograban huir de la guerra o entregar partes sobre el movimiento de tropas. En algunos fue posible mantener baterías de asalto que de cuando en cuando lograron hacerse con armamento y bongos, canoas y lanchas que fueron necesarias para ganar batallas futuras. En el menor de los casos, eran obstáculos que obligaban a que la circulación por el río Magdalena o el Sinú fuera controlada entre sectores que definían la ocupación de uno y otro bando.

En 1812, la *revolución de las sabanas* inició con las juras a Fernando VII y el desconocimiento del gobierno de la ciudad de Cartagena. El descontento y los rumores hicieron que durante los primeros meses del año unas cuantas escaramuzas mantuvieran agitados los vecindarios de poblaciones como Corozal, Sincelejo o Lórica. La discusión sobre en quién recaía la soberanía se entremezcló con el movimiento de tropas, los atropellos a los vecindarios opositores y uno que otro encuentro, al menos entre quienes decían comandar la revolución o defensa del monarca secuestrado. La situación irremediabilmente se tornó tensa cuando los

puertos y las poblaciones aledañas a los ríos se volvieron bastiones de defensa en el territorio, pues los enfrentamientos llevaron a que poblaciones como las de Zambrano y Ovejas terminaran bajo las llamas o en ocupaciones que llevaban al saqueo y otros atropellos que terminaron callando los informantes de las tropas. Algo que no podían dejar pasar por alto es el éxito en la derrota del enemigo. Por el contrario, era la mejor ocasión para enarbolar el avance de uno u otro bando llevando al exterminio a aquellos que eran considerados traidores. Tanto en la batalla de Mancomoján como en Cispatá, el sacrificio de soldados y la destrucción de poblados mostró el cenit de la confrontación.

Aunque faltaban unos años para que el proyecto de una Colombia independiente tomara forma, no cabe duda de que el bautismo de fuego de la población de toda condición que se enfrentó en Cispatá llamó la atención por la necesidad de constituir unas fuerzas navales más organizadas y defensoras de la naciente república. Las batallas navales continuaron y hombres como Pablo Morillo siguieron demostrando que el camino no terminaba en tierra firme, sino que la protección de los mares constituía la primera reafirmación de la soberanía sobre los aliados y los enemigos.

## Bibliografía

- Archivo General de la Nación, Bogotá, *Sección Archivo Anexo-II*, 54.4.2.45, fol. 131r.
- Archivo General de la Nación, Bogotá, *Sección Archivo Anexo-II*, 54.4.2.45, fol. 131r.
- Archivo General de la Nación, *Miscelánea*, 39, 92, doc. 42, fol. 690r.
- Archivo General de la Nación. *Sección de Archivo Anexo*, II.52.4.2.33. Fol. 76r.
- Archivo Histórico Judicial de Medellín. *Archivos Personales de José Manuel Restrepo*. Rollo 8, vol. 12, 19 de agosto de 1813. Fol. 203r.
- Archivo Histórico Judicial de Medellín. *Archivos personales de José Manuel Restrepo*. Rollo 8. Vol. 12. 22 de noviembre de 1813. Fol. 214r.
- Bassi, Ernesto. *Un territorio acuoso: Geografías marineras y el gran Caribe transimperial de la Nueva*, trad. María José Montoya. Barranquilla: Universidad del Norte, 2021.
- Blanco Barros, José Agustín. "Noticia Historial de la provincia de Cartagena de las Indias, Año 1772: Por Diego de Peredo". *Anuario Colombiano de Historia Social y de La Cultura*, n.º 6-7 (1972). <https://doaj.org/article/d6d4afd83e0d4a12997df3d3ac5ac9d2>
- "Comunicación del gobernador sobre esclavos y milicias". Archivo Histórico de Medellín. *Cabildo*. Tomo 76. Fol. 132r.
- De Arrate, José Martín. *Llave del Nuevo Mundo*. Vol. 611, Historia. Barcelona: Linkgua, 2023.
- Del Castillo Mathieu, Nicolás. *La llave de las Indias*. Barcelona: Planeta, 1997.
- Dirección de Trabajos Hidrográficos, *Portulano de la América Setentrional: dividido en quatro partes (Madrid: Dirección de Trabajos Hidrográficos, 1818)*. En línea: <https://biblioteca-virtual.defensa.gob.es/BVMDefensa/es/consulta/registro.do?id=1047213>
- Escobar, Joaquín (presbítero). *Historia de la revolución de Sabanas, con un apéndice, en que se refutan varias calumnias que se han suscitado al jefe de la expedición que la pacificó y a otros sujetos empleados en ella: Año de 1812* (Cartagena de Indias: Imprenta del C. Diego Espinosa, 1813), 262r.-263r. *Real Academia de la Historia*, Signatura: Sig. 9/7649, leg. 6, c) 9, fols. 225-270. *Real Academia de la Historia*, Signatura: Sig. 9/7649, leg. 6, c).
- Fals Borda, Orlando. *Historia doble de la Costa*. Fotografías de Juan Luis Isaza Londoño. 2a. ed. Serie Maestros de la Sede. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Banco de la República / El Ancora, 2002.
- Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*. 1 de diciembre de 1812 (Cartagena de Indias: Imprenta del Gobierno, 1812), s. f.
- Gómez, Sebastián. "Las tensiones de una frontera ístmica: Alianzas, rebeliones y comercio ilícito en el Darién. Siglo XVIII". *Historia y Sociedad*, n.º 15 (2008).
- Martínez Garnica, Armando y Daniel Gutiérrez Ardila. *La contrarrevolución de los pueblos de las sabanas de Tolú y el Sinú (1812)*. Bucaramanga: Ediciones UIS, 2010.

- Martínez Garnica, Armando y Jorge Conde Calderón. *La batalla decisiva: La gesta del gran Almirante José Padilla López, que condujo a la libertad de América del Sur; 200 años de la Batalla Naval del Lago de Maracaibo*. Bogotá: Armada de Colombia / Planeta, 2023.
- Meisel Roca, Adolfo. *Santa Bárbara de Las Cabezas: La gran hacienda del Caribe colombiano 1742-194*. 1.ª ed. Barranquilla: Universidad del Norte, 2023.
- Mejía, Sergio. *Cartografía e ingeniería en la era de las revoluciones: Mapas y obras de Vicente Talledo y Rivera en España y el Nuevo Reino de Granada (1758-1820)*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2021.
- Palacios de la Vega, Joseph. *Diario de viaje del P. Joseph Palacios de la Vega: Entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada, 1787-1788*. Editado por Gerardo Reichel-Dolmatoff, Jorge Ortega Torres-Colección. Bogotá: A. B. C., 1955. Véase también la versión editada por Oscar Medina Pérez et al. en *Lemir*, n.º 14 (2010).
- Paredo, Diego. "Noticia Historial de la provincia de Cartagena de las Indias año 1772". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n.º 6 y 7 (1972): 119-154.
- Reyes Cárdenas, Ana Catalina y Juan David Montoya Guzmán, eds. *Poblamiento y movilidad social en la historia de Colombia, siglos XVI-XX*. 1.ª ed. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2007.
- Ybot León, Antonio. *La arteria histórica del Nuevo Reino de Granada (Cartagena-Santa Fe, 1538-1798): Los trabajadores del río Magdalena y el Canal del Dique según documentos del Archivo General de Indias de Sevilla*. Bogotá: A. B. C., 1952.

**Imagen 4.** "Extracto del parte dado al Excmo. Príncipe Gobernador del Estado con fecha 18 del corriente por el Comandante de Expedición de Sabanas". *Gazeta Extraordinaria de Cartagena de Indias*, 24 de noviembre de 1812 (Cartagena de Indias: Imprenta del Gobierno, 1812).

